

Rafael Ángel Simón Arce

## EL TRABAJO Y LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD PIQUETERA<sup>1</sup>

**Resumen:** Este artículo analiza la categoría “trabajo” como constitutiva de la identidad poliédrica de “piquetero”, de “desocupado”, siendo, a su vez, la categoría de “trabajo” objeto de una disparidad de interpretaciones por parte de la variada gama de organizaciones y posiciones políticas dentro del llamado “movimiento de movimientos” en un momento político, social y económico de crisis como el que sufrió Argentina a fines de la centuria pasada. En función de la concepción del trabajo que adoptan las distintas organizaciones se explica la acción política y social de las distintas organizaciones piqueteras.

**Palabras clave:** “piquetero”, desocupado, trabajo, Argentina, crisis

**Title:** The Work and the “Piquetero” Identity Formation

**Abstract:** This article analyzes the category „work” like constituent of the polyhedral identity of „piquetero”, of „unemployed person”, being, as well, the category of „work” object of a disparity of interpretations by part of the different organizations and political positions within the call “movement of movements” in a political, social and economic period of crisis like which Argentina underwent by the end of the last century. Based on the conception of the work that the different *piqueteras* organizations adopt explains the political and social action of these ones.

**Keywords:** „piquetero”, unemployed person, work, Argentina, crisis

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del Trabajo de Investigación de Doctorado (2003) en la Universidad Complutense de Madrid, dirigido por Xavier Arrizabalo Montoro. Inédito. El trabajo de investigación del que forma parte el artículo, así como el artículo mismo, tienen como una de sus bases la realización de entrevistas a distintos miembros de las organizaciones que se mencionan. Las mismas no tuvieron un carácter sociológico, esto es, no discriminaron la edad, sexo o condición social del entrevistado, sino un carácter político. Son entrevistas y encuentros en los que el entrevistado no habla como persona concreta sino que atiende a su condición de miembro del grupo u organización a la que pertenece, realizándose alguna de las entrevistas de manera colectiva entre varios miembros de los grupos de desocupados.

*El movimiento obrero en la Argentina tiene que recuperarse, pero meter gente por meter gente en el armario no es solución; lógicamente si yo tengo un manual y dice que tengo que tener un proletariado para hacer la revolución, bueno me tengo que preocupar que haya proletariado.*

Alberto del Movimiento de Trabajadores Desocupados Solano

## INTRODUCCIÓN

A partir del año 2000 y con toda virulencia en el año 2001 saltó a la palestra mediática y social en Argentina el “fenómeno piquetero”, que en ese año de crisis económica, política e institucional que sacudió al país, se sumó al “corralito” a las asambleas de vecinos y a la consigna “Que se vayan todos”.

Sin embargo el “fenómeno piquetero” no era flor de un día, sino que se había venido gestando durante la década de los noventa al calor de los procesos de liberalización económica llevados a cabo por el gobierno de Carlos Menem<sup>2</sup>. Desde las provincias del interior, como Salta y Jujuy, o el sur patagónico de Neuquén, las protestas sociales, las “puebladas” y cortes de ruta piqueteros se habían obstinado y resistido a un proceso de privatización basado en la destrucción de puestos de trabajo y en el fin de “la relación salarial fordista”, creando una cifra ingente de desocupados o subocupados que en los momentos álgidos superó el 18% de la Población Activa<sup>3</sup>. Empero, la década de los noventa significó la travesía del desierto para las organizaciones de piqueteros que luchaban en el momento de la “fiesta neoliberal”, cuando las clases medias y los trabajadores ocupados disfrutaban de la conquista del paraíso, comprando electrodomésticos y yendo de vacaciones a Miami; únicamente cuando la crisis del modelo rentista afectó a la clase media y se amplió al sector privado la pérdida de puestos de trabajo y la desocupación, los piqueteros se encontraron en el piquete con sus vecinos y conciudadanos.

Esta investigación analiza la categoría “trabajo” como un fenómeno histórico que conforma la identidad piquetera junto a otros factores como el territorio, el poder, la comunidad o la política y respecto de la cual los distintos grupos de desocupados se posi-

---

<sup>2</sup> El gobierno del justicialista Carlos Saúl Menem se basó en tres puntos básicos: 1. La lucha contra la inflación; 2. El aumento de los salarios; y 3. La reconstrucción del tejido productivo, con el consiguiente aumento de la desocupación. Menem, además, realizó un proceso de cooptación de las burocracias sindicales partidarias (CGT) para mitigar la reacción social. Así las cosas en 1991 impone el Plan de Convertibilidad, por el que se instaura la paridad un peso/un dólar, y la apertura y privatización de las empresas estatales al capital extranjero (ENTEL, YPF, Aerolíneas, etc.) (Rapoport 2000).

<sup>3</sup> Durante los noventa la PEA (Población Económicamente Activa) aumentó en un 28 %, el porcentaje de ocupación creció en un 9 %, la desocupación en un 156,3 % y el subempleo en un 115,4%; el sector industrial perdió peso en la producción de la riqueza nacional, y así, si en 1991 representaba el 24,2 % del PIB en el 2000 no más del 16,3 %. La desocupación que era de un 6 %, en octubre de 1990 tuvo su pico entre 1995 y 1996 que alcanzó cotas de un 18 %, descendió a un 14,7 % en el 2000 y tuvo un importante repunte en el 2002 alcanzando el 21,5 %. Datos del INDEC [www.indec.gov.ar](http://www.indec.gov.ar) y de SIEMPRO [www.siempro.gov.ar](http://www.siempro.gov.ar).

cionan. Se comparte la concepción sobre la formación del fenómeno “clase social” de la historiografía marxista británica que, pese a señalar la gran influencia de las relaciones de producción, trascienden las mismas dotando a su definición de una fuerte carga histórica y social. Así, para Thompson la clase no es simplemente una estructura sometida bajo el imperio de las relaciones sociales sino que además es un proceso de construcción permanente, edificado en torno a “experiencias comunes” y cotidianas,

un fenómeno histórico unificador de un cierto número de acontecimientos dispares y aparentemente desconectados, tanto por las respectivas condiciones materiales de existencia y experiencia como por su consciencia –y añade– Me interesa hacer hincapié en que se trata de un fenómeno histórico. Personalmente no veo la clase como una estructura y menos aún como categoría, sino como algo que acontece de hecho (y puede demostrarse que, en efecto, ha acontecido) en las relaciones humanas. (Thompson 1989: 7)

Esta perspectiva histórica permite superar las concepciones deterministas que definen una “clase social” únicamente por el lugar que ocupa la misma en las relaciones sociales de producción y que deja escapar multitud de fenómenos, como el de los piqueteros y la construcción de su identidad política, por estar al margen de las relaciones capitalistas de producción. No obstante, esta construcción política de la identidad piquetera no es miméticamente asimilable con la del trabajador ocupado por su peculiar inserción, o por moverse en el equívoco inserción/exclusión; situación que si por un lado le provoca una debilidad para generar una transformación de las relaciones laborales existentes por su exclusión de las mismas o por su inclusión como excluido, por otro lado le dota de una fuerte carga disruptiva y radical ya que no se ve impelido y sometido a las relaciones de producción existentes.

La debilidad de las organizaciones y grupos de desocupados y su difícil inserción en un panorama social y político que ha cambiado desde 2001 se hace evidente al analizar su evolución histórica, que produce que desaparezcan organizaciones, que se agrupen las existentes de formas diversas y que aparezcan incluso organizaciones que se suman a las actividades del gobierno argentino como son los piqueteros K<sup>4</sup>. Esta situación provoca que si bien algunas de las organizaciones mencionadas en esta investigación no existen hoy día o no están insertas en los bloques y grupos señalados, la descripción analítica de las diferentes posiciones que respecto del trabajo se señalan en la misma siguen siendo válidas.

---

<sup>4</sup> Piqueteros K. Aquellas organizaciones que tras la victoria de Néstor Kirchner se sumaron a su política respecto de los movimientos piqueteros: asunción de algunas reivindicaciones de estos, como los emprendimientos productivos y marginación y criminalización de los denominados piqueteros “duros”. Entre los piqueteros K se encuentran la Federación del Trabajo y la Vivienda, y la Central de Trabajadores Argentinos.

## DE "LOS TRABAJADORES DE MI PATRIA" A LA PRIVATIZACIÓN DE YPF

Profundas han sido las transformaciones que el trabajo y la esfera laboral han experimentado en los últimos sesenta años. En las sociedades post-bélicas de la segunda mitad del siglo XX, el trabajo era el elemento aglutinador básico. Eran los momentos de reactivación económica tras el colapso bélico, lo que produjo situaciones de pleno empleo y elevación generalizada de los emolumentos salariales.

En Argentina este momento de reactivación fue el periodo del primer gobierno de Perón (1946-1955). Con una política asistencial que se aproximaba bastante a los regímenes fascistas de la Europa de los años 30, el peronismo creó todo un entramado social-asistencial que de alguna forma trataba de encuadrar a la sociedad en el proyecto político que creó. Así, la organización sindical, potenciada por el justicialismo a través de la CGT, sirvió para disciplinar a la fuerza de trabajo e integrarla dentro de los mecanismos de control y disciplina social. Además, posibilitó la entrada de los trabajadores en hábitos de consumo reservados hasta el momento a una estrecha clase media.

Argentina, siguiendo a Svampa, constituyó "una de las ilustraciones más acabadas del modelo nacional-popular [entendiendo por éste] el "estado" del sistema político propio de una época de industrialización que busca hacer viable el crecimiento hacia dentro a través de la incorporación política de los sectores populares y el esfuerzo por movilizar las masas de manera "organizada" (Svampa y Martucelli 1997: 25). Las principales características de este modelo fueron: en primer lugar, un modelo vinculado a la política de Industrialización por Sustitución de Importaciones, con un amplio desarrollo del sector industrial y una fuerte impronta redistributiva de la renta nacional a favor de los trabajadores. La universalización de la relación salarial produjo la universalización de la ciudadanía.

En segundo lugar, una política social basada en el gasto público compensatorio que sirvió como forma de integración social, integración que contó con dos vías: a) una a través de la constitución de los sectores obreros como columna vertebral de la nación "y de la consolidación de valores como la justicia social y la dignidad del trabajo" (27); y b) otra a través del reconocimiento del "pobre" como objeto de asistencia pública. De ahí la amplitud que durante el primer gobierno de Perón adoptó la legislación laboral, donde el Estado se hacía partícipe de la promoción y defensa de los derechos individuales y colectivos de los trabajadores, a través de *Los derechos del trabajador*: "derecho de trabajar" (sic), por considerar el trabajo como "medio indispensable para satisfacer las necesidades espirituales y materiales del individuo y de la comunidad, la causa de todas las conquistas de la civilización y el fundamento de la prosperidad general"; el "derecho a una retribución justa" que garantizara "al trabajador una retribución moral y material que sus necesidades vitales y sea compensatoria del rendimiento obtenido y del esfuerzo realizado"; el "derecho a la seguridad social" destinado a "cubrir o completar las insuficiencias o inaptitudes propias de ciertos periodos de la vida"; el "derecho a la protección de la familia" cuyo bienestar debía "ser estimulado y favorecido por la comunidad como el medio más indicado de propender al mejoramiento humano y a la consolidación de los principios espirituales y morales que constituyen la esencia de la convivencia

social”; el “derecho al mejoramiento económico”, por lo que la sociedad se constituía en promotor de “las iniciativas de los individuos tendientes a ese fin”; y finalmente el “derecho a la defensa de los intereses profesionales” constituyendo éstos “atribuciones esenciales de los trabajadores”<sup>5</sup>.

Como tercer rasgo característico, la vinculación estrecha entre las estructuras sindicales y el Estado que promovió la participación controlada de los sindicatos. Y si por un lado las organizaciones sindicales estuvieron sometidas a la voluntad del líder, Perón, teniendo poca autonomía de movimientos, por otro los sindicatos y con ellos los trabajadores se vieron favorecidos “no sólo de beneficios económicos y sociales, sino también del reconocimiento del protagonismo de los trabajadores, y, por ende, de las organizaciones sindicales en la construcción de la Argentina moderna” (28). Así, el obrerismo tomó carta de naturaleza en el discurso peronista, que lo adoptó como constitutivo (en el discurso).

Como cuarto factor, Svampa y Martucelli señalan la forma específica que adoptó la política en la Argentina peronista, con una vinculación directa entre las masas y el líder, que adoptó la forma de un modelo “unanimista” extremo donde “Patria”, “Pueblo” y “Perón” constituían una unidad indisoluble, y donde la voluntad política de la nación entera estaba encarnada en la persona del líder.

Esta concepción movimientista de la política y de la sociedad conllevaba el rechazo de una visión conflictiva de lo social a la vez que se apoyaba en la constante afirmación de a la oposición amigo-enemigo a fin de ilustrar los peligros existentes y los efectos de disociación producidos por este último en la política. (29)

Por último, el peronismo creó un lenguaje político que canalizaba la experiencia cotidiana de las clases populares. Las clases obreras y populares se veían identificadas en el discurso político del peronismo que se resumía en “Justicia social, soberanía política e independencia económica”.

La fuerza integradora del capitalismo posbélico se basó en la universalización de la relación salarial, que, siguiendo a Robert Castel (1997), se sustentaba en la posibilidad de compra y en la universalización de los servicios públicos. Para Castel, la relación salarial fordista se estructuró en cinco principios: 1. La clara separación entre los trabajadores y los desempleados, a estos segundos habría pues que integrarlos o en la esfera productiva o a través de formas asistenciales; 2. La fijación del trabajador a su puesto y el exhaustivo control en el marco de una “gestión del tiempo precisa, dividida y reglamentada”; 3. Acceso al consumo de masas del obrero a través de una notable elevación salarial; 4. Acceso a la propiedad social y a los servicios públicos; 5. La construcción de todo un entramado jurídico que reconocía al trabajador como sujeto social.

Esta situación, que se mantuvo pese a la persecución política del peronismo y al intento de desestructuración social de las bases peronistas por parte de la oposición política, no resistió el último embate del *Proceso*; la última dictadura militar transformó profundamente el proceso de acumulación capitalista, abrió los mercados argentinos

---

<sup>5</sup> Derechos del trabajador. Art. 37 de la *Constitución de la República Argentina*. Reforma de 1949.

a los capitales internacionales, lo que conllevó la multiplicación excepcional de la deuda externa, siguiendo a Svampa y Martuccelli:

supuso un verdadero corte económico y político-social, señalando el verdadero final del “empate social” de los años anteriores, a través del desmantelamiento de las bases del antiguo modelo societal. (Svampa y Martuccelli 1997: 33)

Dicha transformación y cesura económico-social continuó con las políticas económicas de la democracia y la imposición de los distintos Planes de Ajuste Estructural auspiciados por el Fondo Monetario Internacional, y tuvo como corolario natural el proceso de privatizaciones llevado a cabo por el gobierno de Menem y el Plan de Convertibilidad del mismo. Momento este en el que, según Svampa y Martuccelli, el entramado subjetivo del peronismo de integración social se desarticuló de forma radical. Los sindicatos quedaron relegados a meros ratificadores de la transformación económica planteada por el discurso neoliberal de Menem, y el trabajo como una de las formas principales de integración social pierde relevancia,

la valorización del trabajo parece provenir más de la situación global de desocupación, en la cual el trabajo es valorado como principio de integración, pero ya no se le reconoce la centralidad y, aun más, el valor ético (la “dignificación”) que tenía en el “pasado”. (210)

El trabajo adopta la forma de discurso de “reparación histórica”. Esto significó el fin de la relación salarial existente, como el acuerdo entre capital y trabajo que se dio tras la Segunda Guerra Mundial.

En el actual régimen de acumulación, que algunos autores denominan posfordismo, la relación salarial habría dejado de ser una medida integradora y el trabajo habría perdido su centralidad como gestor de la ciudadanía. “Hoy la riqueza se distribuye cada vez más por fuera de la relación salarial”, y luego sentencia Altamira

ya no es posible pensar en un proceso de salarización de masas como acompañó al régimen de acumulación pasado; y por lo tanto que el crecimiento ya no funciona como mecanismo de integración ciudadana, es decir de distribución de la renta y universalización de los derechos, de integración al patrón de consumo y sobre todo como garante de la integración productiva [...] hoy día la integración ciudadana, es decir, el acceso al derecho a la salud y a la educación, constituye un requisito para la integración productiva en el marco de la división internacional del trabajo. (Altamira 2002)

Para este mismo autor, la crisis del capitalismo argentino es producto del fracaso del neoliberalismo en la sustitución de la relación salarial fordista anterior como forma de acabar con el dominio obrero. Así, el neoliberalismo que surgió como nuevo modelo de regulación habría fracasado al no generar formas de consenso aceptables, no habiendo sido capaz de producir un nuevo “contrato social”, objetivo que, según Altamira, tenía el menemismo. En este proceso de transformación del trabajo y de desaparición de la

“cultura del trabajo” y de la “dignidad del trabajador” es donde las organizaciones piqueteras están tratando de dotar de nuevo contenido teórico y práctico con sus prácticas políticas y sociales a la categoría *trabajo*.

## LOS PIQUETEROS Y EL “TRABAJO”: UNA RELACIÓN CONFLICTIVA

En las sociedades del occidente capitalista la pérdida del empleo es vivida y sufrida como una tragedia personal. Si bien tradicionalmente la conciencia obrera en el interior del centro de trabajo ha apelado a la unidad, en el momento de la desocupación, la reacción obrera, aún después de un largo conflicto, es de exclusión de aquellos que han perdido su trabajo respecto de aquellos que lo conservaron, e incluso entre los mismos individuos que han sido expulsados del tejido productivo se produce un alejamiento. El paro es un drama que se vive en soledad en el seno familiar y escasos han sido los intentos por parte de las organizaciones obreras y sindicales de aglutinar en su seno a parados y ocupados. Esta situación ha sido revertida por las organizaciones piqueteras y sus miembros, que han politizado y socializado una situación individual e individualizada. Siguiendo a Altamira,

El piquetero no se asume como desposeído y excluido en su confrontación social [...] No son los pobres resignados a una situación de miseria permanente e inevitable. Son por el contrario quienes han confrontado de manera permanente con las políticas oficiales y conformado organizaciones sociales por fuera del ámbito fabril, teniendo como fronteras la sociedad plena. (Altamira 2002)

Esta radical subversión de lo privado en público y de lo personal en político lleva aparejada la creación de una nueva construcción política, que en el terreno del trabajo se sostiene sobre tres pilares principales: la necesidad, la dicotomía inclusión-exclusión y la conciencia obrera.

La necesidad se constituye como primer factor de definición identitaria para un colectivo que se encuentra fuera de los mecanismos de reproducción. No obstante, dicha necesidad puede ser comprendida como “necesaria”, *conditio sine qua non*, para la formación de la conciencia de clase, perspectiva esta que adopta el posicionamiento marxista ortodoxo en el cual, la “ventaja” que tiene la clase obrera y que la constituye como sujeto histórico revolucionario es la *necesidad* de ser “libre” en un doble sentido del término:

Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte carece de otras mercancías para vender, esta exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo. (Marx 1984: 205)

Desde esta *libertad* que producen las relaciones de producción se encuentra la necesidad de alienarse, convertirse en objeto de explotación de la cual, y desde la cual y en virtud de la *tasa de explotación* o *tasa de plusvalor*, se extrae el capital. Este extrañamiento del ser humano que deja de ser lo que debería y podría ser y se convierte en mercancía (el obrero tiene la posibilidad de reconocerse como sujeto sometido a objetivación y reconocer a los otros como iguales, lo que produce la primera fase de conciencia: la de su inserción como explotado) transforma al obrero “en sí” (objeto de explotación) en “obrero para sí”, sujeto transformador. La cuestión está en que desde un ámbito de *necesidad* como es el desempleo, los colectivos de desocupados afrontan de forma conjunta y colectiva su posición respecto del mercado de trabajo.

Siguiendo a Ferrara (2003) se puede decir que la desocupación, como un no-ser, les niega la condición de sujetos: trabajadores, ciudadanos o consumidores; pero entroncando con lo que plantea Holloway (2002), en cuanto a la negación del sujeto alienado, es a raíz de este no-ser como sujeto alienado, trabajador, como se hace posible la insurrección. El propio sistema expulsando a millones de personas esta operando contra sí mismo, esta minando la subjetividad como trabajadores, pero por esto mismo, los individuos pueden recuperar su condición como sujetos plenos, más allá del sujeto-negación. Dicho planteamiento es el mantenido por algunos de los colectivos de desocupados y así desde el MTD (Movimiento de Trabajadores Desocupados) Solano comentan que

sinceramente si hay que elegir que un compañero se vuelva a la fábrica, o poder estar acá con su comunidad, con su familia, generando lazos, preferimos acá, porque en definitiva ni siquiera resuelve el tema de su bienestar; compañeros que han laburado durante veinte años para nada, perdieron la vida en la fábrica viajando cuatro horas, y estos compañeros perdieron toda relación social hasta con su familia, en nombre del trabajo y del progreso. Nosotros lo relativizamos, en medio de todas estas dificultades hemos demostrado que nos podemos encontrar, escucharnos, recuperar la sociabilidad, eso es la grandeza que tenemos y somos recelosos... abrir cooperativas a nosotros no nos interesa, por un salario, un sueldo, es más, muchos compañeros plantean “yo no me iría por un sueldo de 400 mangos”. (Holloway 2002)

Hay que reconocer que la postura que mantiene este colectivo es extrema, y por así decirlo convierten necesidad en virtud, sin embargo no está de más constatar cómo experiencias que surgen de una situación de extrema necesidad tienen planteamientos de una amplia radicalidad y son capaces, en buena medida, de trascender dicha situación precaria.

Los movimientos piqueteros en general han transformado en político una situación, el desempleo, la necesidad, que era sentida como una lacra por los trabajadores y la sociedad, en general. La falta de trabajo, en una cultura laboral, era un estigma, más si cabe cuando el acceso al puesto laboral condicionaba en gran medida otros aspectos sociales y psicológicos, salud, educación o vivienda, aspectos como la posición social y ética de la que disfrutaba el individuo por el aporte del salario para el sustento familiar, como jefe del hogar o cabeza de familia, el reconocimiento de un alto grado de autoridad por su posición social en el seno familiar o la utilidad social y personal que le era reconocida por la sociedad, entre otros. Por



todo ello la pérdida del puesto de trabajo significa la pérdida de una forma importante de autoestima no sólo como trabajador, elemento útil socialmente, sino como persona. De ahí que sea vivido, por lo común, como algo individual y que debe ser ocultado.

Esta situación ha sido contravenida en gran modo por los agrupamientos de desocupados que han surgido, en los que el planteamiento inicial de todos ellos, implícito o explícito es: la solución al desempleo es una solución colectiva o no es. Por esto mismo es interesante señalar como la ruptura de la atomización que ha significado la desocupación es uno de los principales baluartes de la reconstrucción de una nueva subjetividad de lucha, luchando principalmente, como plantea Ferrara, contra la fragmentación de lo social y la disgregación, y que, como postulan Svampa y Pereyra, así como Zibechi, se articula a través de la denominación “piqueteros”,

aun cuando la falta de trabajo comprenda a ambas [al piquetero y al desocupado], un individuo que se define como piquetero se diferencia notablemente de alguien que lo hace en términos de desocupado, pues mientras la categoría de desocupado, como criterio de identificación, produce aislamiento y pasividad –en buena medida como consecuencia de la vergüenza y la imposibilidad de aceptación de la propia condición–, la de piquetero representa un espacio de reconocimiento y construcción común basado en una reivindicación de la dignidad y en un descubrimiento de “otras capacidades” de organización, de movilización y de presencia política. (Svampa y Pereyra 2003: 45)

El desocupado es la negación del sujeto ocupado, por el contrario, el piquetero es una identidad positiva, “saliendo de toda posición de víctimas, superando toda actitud de espera y poniendo en el centro las capacidades, los saberes y los vecinos, las familias y los compañeros” (Colectivo Situaciones 2001). El segundo pilar sobre el que se edifica la *identidad piquetera* es la dicotomía inclusión-exclusión. Los procesos de desindustrialización llevados a cabo, la “descolectivización” –como la denominan Svampa y Pereyra–, produjo dos efectos,

la flexibilización y la precarización laboral instaló nuevas fronteras en el interior de una misma categoría profesional; [...] este proceso fue acompañado por el ingreso a un periodo de desocupación estructural que produjo –vía expulsión– el borramiento compulsivo de las fronteras intercategoriales características del mundo fordista. (153)

En esta situación de radical atomización social, pero a la vez de posicionamiento general en un universo precario de toda la fuerza de trabajo, los conceptos inclusión/exclusión pierden sentido. ¿Dentro de qué? ¿Fuera de dónde? Cuando la extracción de plusvalor está directamente sacada de la vida, de nuestro potencial como seres humanos sociales, y cuando los límites entre ocupación formal y reglada, desocupación y ocupación informal son tan ambiguos, incluso en la misma jornada laboral diaria, es difícil pensarse dentro o fuera de.

Sin embargo la necesidad de inclusión sí que es comprendida por numerosos grupos de desocupados, que postulan la necesidad de integración, de inclusión, como forma de

poder identificarse, o de poder construir un proyecto político. Esta necesidad de inclusión, en el caso concreto de los desocupados es sustancialmente entendida como la necesidad de recuperación del puesto laboral perdido, y de la cultura laboral, la cultura del trabajo perdida, como plantea un referente del Movimiento Teresa Rodríguez (MTR):

Esa pelea es importante, o sea, nosotros no nos oponemos a todos aquellos compañeros, inclusive a las concepciones de otros movimientos que centran la importancia nada más que en conseguir el plan. Conseguir el plan es importante pero más importante es recuperar lo que nosotros decimos la cultura del trabajo, eso es elemental. Es imposible inclusive para nosotros organizarse con perspectiva de impulsar un nuevo tipo de sociedad si no está basada en eso: en recuperar la cultura del trabajo. (Svampa y Pereyra 2003: 192)

Frente a este planteamiento de necesidad de inclusión está el que, en ocasiones haciendo de la necesidad virtud, periclita sobre la misma y dotando de una fuerza política a sus posiciones, plantea la necesidad de superación de esa necesidad como forma de recuperarse como seres humanos completos. Asumiendo que la exclusión es simplemente el reverso de la inclusión. La exclusión como forma de incluir a los excluidos, siguiendo al Colectivo Situaciones. Para esta opción la cuestión pasa por recuperar y reapropiarse de la vida, considerarse y considerar a otros como personas-sujeto, como planeta una referente del MTD Solano:

Yo creo que el sistema capitalista te estructura de una manera; es decir, en el sentido de esto de no ser persona, sino de sentirte una cosa toda tu vida, vas a la fábrica y sos una cosa, vas a la universidad y sos un número, una cosa, por ahí el compañero cuando llega al MTD, una de las causas de la frustración, esta cosa fuerte es este tema de no sentirse persona, de no descubrir que tiene potencialidad para hacer cosas, más allá de un patrón que te mande a producir algo ¿no?, entonces eso nosotros lo laburamos mucho y después de un tiempo así charlando con los compañeros qué sentís, qué sentís que te pasaba antes del MTD y que te pasa ahora, y bueno te dicen es como acá me recuperé como persona, me encontré de pronto haciendo algo, me encontré siendo capaz de hacer algo ¿no? Cosa que por ahí lo trae marcado de otra manera, yo creo que es ahí en donde recuperamos un poco el tema de la cultura laboral, de que podemos hacer algo por nosotros mismos y para nosotros mismos. (192)

Estos colectivos redefinen la categoría *trabajo*, que ya no pasa por la inserción en el tejido productivo nacional o la vuelta al trabajo, sino que tiene más que ver con la construcción de novedosas relaciones sociales.

Finalmente, siguiendo conceptos acuñados por Alain Touraine y Wieviorka (1984) y como tercer pilar de la identidad piquetera, se pueden establecer dos modos de “conciencia desocupada”, la “conciencia orgullosa” y la “conciencia proletaria”. Estos términos les sirven a Svampa y a Pereyra para explicar la formación, la específica conciencia política de lucha de lo que llaman el “modelo Mosconi”. Así, según ellos lo plantean, Mosconi se compone de dos segmentos laborales bien delimitados: por un lado aquellos

trabajadores de larga experiencia laboral (en este caso concreto en YPF) con una también larga trayectoria sindical y que muestran la nostalgia del orgullo de ser trabajador, que Touraine y Wiewiorka denominan “conciencia orgullosa”; y por otro lado, aquel conglomerado de trabajadores jóvenes o con poca o ninguna experiencia laboral, cuyo lazo con el mundo laboral o es escaso o es nulo y cuyas señas de identidad no se forjaron en el centro de trabajo, y que generarían por contra una

“conciencia proletaria”, “la conciencia orgullosa casi no apela a las mediciones políticas; ella es más sensible a la idea prohudoniana según la cual la fábrica es el gobierno [...] Librada a sí misma, esta tendencia puede orientarse hacia prácticas corporativas, por fuera de toda referencia a un contraproyecto global [...] La conciencia proletaria, librada a sus propias fuerzas, puede derivar en la heteronimia política, por la cual se confía la suerte a partidos obreros o a una revuelta sin futuro. (Svampa y Pereyra 1997: 135)

A juicio de Touraine y Wiewiorka, la conexión de ambas “conciencias” genera lo que denominan “conciencia obrera”.

Ambas conciencias recorren no sólo la experiencia de Mosconi, sino también los colectivos de desocupados, y aunque en general existen en todas las agrupaciones, la preponderancia de una de las dos *conciencias* determina el sesgo que éstas tienen. Y pese a que no se puede afirmar que exista una síntesis unitaria en torno a una hipotética “conciencia desocupada” (Svampa y Pereyra 1997: 192), sí que existe una poliédrica conciencia sustentada en la herencia de luchas pasadas, en la politización en las villas, en el trabajo sindical en el interior de las fábricas, en los distintos momentos de desestructuración social producto de los diversos procesos de reconversión industrial, etc.; así como en la pérdida y añoranza de la centralidad obrera peronista, y en los procesos nuevos de creación y recreación de conceptos, métodos y formas de organización y lucha, como los piquetes y las asambleas, que generan una identidad polimórfica: no sólo trabajadores, no sólo desocupados, no sólo vecinos, no sólo precarios, no sólo estudiantes, etc.

En función de estos tres pilares teóricos se construye la identidad política de las organizaciones piqueteras, que producen notables diferencias respecto a lo que cada grupo y organización entienden por *trabajo* y su relación con el mismo. La mayoría de los colectivos tienen en sus comunicados y manifiestos como reivindicación básica el “trabajo digno” o “genuino”, sin embargo esta coincidencia terminológica esconde profundas diferencias.

Respecto al *trabajo* existen dos concepciones que se constituirían en extremas, señalando un espectro quizás únicamente teórico pero que ayuda a la comprensión de una realidad altamente compleja. Por un lado, aquellas organizaciones que contemplan la necesidad de la recuperación de los puestos de trabajo perdidos, de la estabilidad sociolaboral del periodo previo a la masiva desocupación de los años 90. Por otro lado, las organizaciones que rechazan el trabajo y plantean una nueva conceptualización de la categoría.

La primera posición es la de *la vuelta a la fábrica*, y en este grupo, *grosso modo*, estarían las organizaciones vinculadas, dependientes o en la línea de la Central de Tra-

bajadores Argentinos (CTA), la Federación del Trabajo, la Vivienda y el Hábitat (FTV) y aquellas otras vinculadas a los partidos de la izquierda tradicional: trotskistas, leninistas o maoístas, como el Polo Obrero, la Corriente Clasista y Combativa o la Federación de Trabajadores Combativos. Son las organizaciones piqueteras las que tienen un planteamiento más ortodoxo y tienen sus principales bases sociales en aquellos sectores laborales vinculados a las grandes empresas del Estado privatizadas durante la década del gobierno de Menem, YPF, ENTEL (Compañía Telefónica estatal) o Aerolíneas Argentinas, o con los funcionarios públicos (organizados en su gran mayoría en la Asociación de Trabajadores del Estado); como plantea Svampa su substrato social tiene que ver con trabajadores de una amplia estabilidad en el empleo, por lo tanto un largo recorrido laboral en una misma empresa y consecuentemente con un alto porcentaje de trabajadores organizados sindicalmente (Svampa y Maristella 2000).

El planteamiento general es la defensa de los puestos de trabajo y la recuperación de los perdidos y de las garantías sociales perdidas adscritas a la relación salarial fordista, así manifiesta Lozano:

Más allá de los debates abiertos sobre la sociedad del fin del trabajo lo cierto es que en todo el mundo aún se debe trabajar para vivir y que el empleo, en alguna de sus formas sigue siendo la vía mayoritariamente para la reproducción de las sociedades. Resulta difícil concebir un proyecto de sociedad que no aborde en su complejidad el problema del acceso al empleo como un umbral de integración social, reconocimiento y constitución de identidad [...] la alternativa nunca puede pasar por articular un esquema de dualización social con una estrategia de beneficencia. La opción es, sin duda, el reparto equitativo del trabajo y el paro. (Lozano 1999: 20)

Al organizarse como una estructura sindical o política su extracción territorial es escasa, sin embargo tienen una alta respuesta social en el interior del país, en las zonas con economías de enclave, ciudades o territorios cuya prosperidad y decadencia estuvo o está muy relacionada con el desarrollo económico del complejo industrial o comercial allí instalado, siendo el caso paradigmático la ciudad de Mosconi e YPF.

La segunda posición engloba a otro gran grupo de organizaciones englobadas en el terreno de la autonomía, y que frente a la vuelta a la fábrica anterior postulan el no-trabajo como planteamiento político global; es la posición de *rechazo del trabajo*, moviéndose en el espectro teórico-político del marxismo más heterodoxo: guevarismo, consejismo o autonomía, son sobre todo aquellos colectivos nucleados en torno al MTD Aníbal Verón. Tienen una base en gran parte territorial, y se nuclean en los barrios y barriadas alrededor del Conurbano de la ciudad de Buenos Aires, zonas donde la desocupación fue anterior, durante las décadas de los 70 y 80, lo que provocó una generación de excluidos desde el inicio del mercado laboral, por lo que su apego al puesto o es inexistente o escaso, como afirma Jorge del MTD Solano

Algo más de la mitad tienen menos de 30 años, pero predomina una camada que oscila entre los 17 y 25, en general mujeres solteras con hijos, con poca estabilidad en el hogar. Hay casi una norma: primero se acercan las mujeres con los niños y recién después los varones. (Zibechi 2003)

Esto produce que se muevan en el territorio indefinido de la marginalidad, que en el caso argentino contó con un atisbo de movilización con la organización “villera” y con el proceso de ocupaciones territoriales de predios abandonados, por esto mismo las concomitancias con el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil son notables, al menos en los planteamientos tácticos.

Para el primer grupo, el trabajo es la base sobre la que se construye la sociedad y la sociabilidad. El espacio de trabajo sigue siendo el espacio de referencia para la lucha de clases, aunque estableciéndose distinciones entre las mismas; por ejemplo, el Polo Obrero y el Partido Obrero, en la clásica línea leninista, dividen la lucha social, la lucha sindical y económico-reivindicativa para el Polo y la lucha política para el Partido; por otro lado, la Corriente Clasista y Combativa (CCC) pone mucho énfasis en el trabajo en el interior de los centros de trabajo en una suerte de maoísmo obrerista, que basa la construcción de su organización política en las “comisiones de fábrica”.

Pese a estas diferencias, se puede concluir que comparten una visión tradicional, industrial, del mundo del trabajo, con una fuerte impronta estatista, por cuanto pretenden una reestatización de las empresas privatizadas y de los servicios públicos, una situación de pleno empleo y la reconstrucción del tejido asistencial previo a la década neoliberal del menemismo. Estas organizaciones aspiran a una situación que oscila entre el modelo del Estado del bienestar europeo surgido tras la Guerra Mundial y aquellos otros colectivos que plantean la vía revolucionaria, estatista y centralizadora que desde el poder central modifique la posesión y propiedad de los recursos económicos a favor de la clase obrera y proceda a la reorganización de las principales tareas económicas y sociales. La concepción de estos grupos abarca desde un planteamiento socialdemócrata como el que defiende la FTV como organización de la CTA, hasta una posición marxista-leninista, postulada por el Polo y por la CCC.

La necesidad de ocupación generalizada procede para estos grupos de su concepción acerca de cuál es el sujeto político-social preeminente, el trabajador ocupado, con lo que su posición con respecto a los desocupados ha sido ambigua; inicialmente estas organizaciones excluyeron a los piqueteros, les marginaron de cualquier tipo de organización sindical o política, y les tacharon de “desclasados” o “lumpenaje”; ahora, la valoración que se hace de ellos oscila entre la consideración de “vanguardia proletaria” que en un primer momento, hacia el 2002 hizo el PO (Partido Obrero), y la visión de obreros sin-trabajo, faltos de lo principal y necesariamente a la zaga de los ocupados, como afirma Jorge Altamira en un acto del PO en Córdoba

esta reestructuración piquetera de la clase obrera, en el peor momento de su historia, en las peores condiciones sociales de su existencia, ha sido un elemento revolucionario para la clase obrera y un elemento que está revolucionando el conjunto de la sociedad. (Altamira 2002)

Sin embargo, siguiendo a Luis Oviedo,

los piquetes forman parte de la tradición obrera argentina desde hace más de cien años. Han regresado bajo nuevas circunstancias, no sólo como organización de des-

ocupados para quebrar la dictadura patronal que le niega al trabajador el único derecho verdadero que le asiste bajo el capitalismo, el derecho a ser explotado, sino también como organización que une al desempleado con el ocupado en una lucha común por el trabajo y por el salario. (Oviedo 2002: 6-7)

El sujeto histórico revolucionario es aquel objeto de la explotación que toma conciencia de la misma y lucha desde aquí. La identidad surge de la necesidad de inclusión, inclusión que, como estos colectivos manifiestan, no es posible bajo este régimen económico, con lo que la lucha de los desocupados por la inclusión en el sistema se transforma en un cuestionamiento del propio sistema y en una toma de conciencia de la necesidad de transformación. La contradicción de pretender incluir a los excluidos en un sistema que no puede permitírsele está servida.

La visión más socialdemócrata ve a los desocupados con un planteamiento asistencialista, necesitados de guía y tutela para que lleguen a ingresar en el mercado laboral, objetivo final,

nosotros no estamos con la sindicalización de los desocupados, no queremos legalizar la desocupación al sindicalizar a los trabajadores desocupados, sino que nosotros luchamos por trabajo digno con obra social, por un sueldo digno, porque se reabran las fábricas para aquellos que quedaron despedidos; luchamos para romper este sistema, luchamos para que haya una reconstrucción de un país que necesariamente preste atención a las capas que hoy están siendo postergadas, humilladas y pisoteadas por este modelo. (Ogando 2003)

Son grupos que contemplan la desocupación como fenómeno transitorio, como resultado de una mala política económica, pero que hay que resolver a través de la transformación de los desocupados en trabajadores ocupados, lo que leído en clave política da como resultado la consideración de los trabajadores, conformando la clase trabajadora, como el sujeto histórico revolucionario y la subsiguiente consecuencia, a saber, la supeditación de las reivindicaciones de los trabajadores desocupados a la guía política y social de la vanguardia revolucionaria: la clase obrera; posición ésta explicitada claramente por uno de sus líderes, *Toti* Flores del MTD de La Matanza.

El sector más dinámico en estos tiempos de resistencia, son los desocupados, la gente de los barrios. Pero no podemos perder la estrategia en cuanto a que la revolución y la clase que tiene que llevarla adelante, que tiene que ser vanguardia en la tarea de la revolución, es la clase obrera. (Simón 2003c)

Para la segunda concepción, la categoría *trabajo* es menos dogmática y determinista. Su planteamiento básico es que todo trabajo sometido a los principios capitalistas de producción y de reproducción es trabajo alienado y sometido a explotación, que lo único que hace es fortalecer el capitalismo. Su concepción del capitalismo es por tanto más amplia que el estrecho ámbito de la titularidad de la posesión de los medios de producción, próxima a la visión “internalista” expuesta por Castoriadis o Holloway, quienes

contemplan que el capitalismo, además de sustentarse en un sometimiento externo y en una compulsión laboral, ha sido interiorizado por los individuos y la sociedad a través de unas prácticas cotidianas de dominación y de unos valores que reproducen todos los días el capitalismo. Siguiendo a un miembro del MTD Allen, en la provincia de Río Negro

sería fácil pensar en que venga alguien y te diga: miren muchachos ustedes van a dedicarse a este proyecto, van a hacerlo así y así. Y entonces tenés esa relación de yo te mando, vos hacés. Pero nosotros nos planteamos que las construcción y la autogestión es otra cosa; romper con la naturalización del dominante y del dominado y que cada uno se sienta participe y recupere su dignidad en función de su trabajo, de lo que él sabe hacer. (Simón 2003a)

Esto señala la estrecha relación que para estos colectivos existe entre “trabajo”, “dignidad” y “autogestión” o “autonomía”, como comenta otro miembro del MTD Solano, Alberto:

Para nosotros el “trabajo digno” es el trabajo sin explotación y sin patrón, porque una cosa es entrar en Zanón, donde hay control obrero y otra cosa es meterte en Repsol, donde están todos los tiburones y ahí no se va a poder plantear que un grupo de compañeros pueda tener una experiencia sindical. Cual será la estrategia de meter gente a las plantas, pero por ahí nosotros pensamos que es mucho más rico poder hacer la experiencia desde una cuestión de autonomía para ir resolviendo, porque tenemos la suficiente capacidad de resolver los problemas propios, la alimentación, etc. (Simón 2003b)

La dignidad tiene que ver con la recuperación de la palabra perdida, con la palabra robada, planteamiento éste que tiene mucha relación con las reivindicaciones indígenas respecto de la asunción de sus luchas en sus propias manos. Los MTD plantean una recuperación de la dignidad como recuperación de la humanidad perdida y sometida bajo el capitalismo, la recuperación de las relaciones de sujeto a sujeto.

Nosotros creemos que el individuo no podrá ser digno si no cambian las relaciones sociales entre sujetos, para esto es necesario también cambiar el interior de este sujeto social, una nueva forma de relacionarse y estar con el otro comunitariamente y para eso tenemos que romper con toda la estructura que nos domina y uno de ellos es a través de la autonomía. Ser nosotros mismos es donde ninguno podamos estar sobre otro, donde tengamos todos los mismos derechos sin diferencias. Esto no se puede hacer desde un programa. Nosotros pensar en un programa, decir “bueno va a ser de esta manera”, esto se construye en el día a día, en el trabajo cotidiano, en el convivir con los compañeros, es un proceso en el que nos vamos reconstruyendo nosotros también. Eso es el cambio social, como lo vemos,

como afirma Andrés del MTD de Solano. Asimismo Alberto señala cómo la recuperación de esta palabra robada, de la subjetividad abstraída tiene que ver con la creación de formas nuevas de socialización, con la construcción de formas distintas de trabajar,

el silencio tiene que ver con una pérdida porque el tema de ser sujeto y no objeto, como hemos sido siempre educados y formados. En la escuela está el maestro y te dice lo que es conocimiento, en la fábrica está el capataz y te dice hay que hacer esto y nunca te preguntó cómo lo vamos a hacer... Es un primer paso, en los grupos nuevos hay mucho silencio y no es que participen inmediatamente, pero se da a través de los talleres de educación popular dinámicas de integración, de sociabilidad, se va trabajando de esa recuperación de la palabra. Después, una vez que se recupera la palabra y alta y sale y no escandaliza lo que sale, sale lo que trae la vida. Salen problemas en las relaciones, sale la angustia frente al ladrón, sale matar, muchas veces las asambleas son eso. No nos escandaliza, son personas que viven situaciones, lógicamente van a hablar lo que están viviendo. (Simón 2003b)

Por esto mismo la construcción de espacios propios y el compartir y crear tiempos propios se constituye como fundamento de su acción política, la formación de talleres productivos y de actividades comunitarias tiene que ver con esta recuperación, así como la construcción de un específico espacio de debate y diálogo “la ronda de pensamiento autónomo”. Planteamiento político que se aproxima a la concepción ideológica guevarista y la construcción del “hombre nuevo”<sup>6</sup> así como a los postulados zapatistas<sup>7</sup>.

Para estos colectivos el trabajo es un valor de uso y lugar de creación de nuevas formas de relación social. El trabajo únicamente es valorado en la medida que es útil en la formación del individuo y de la comunidad, por lo que no aspiran al retorno a la fábrica, ni al pleno empleo o a la reindustrialización y disienten de los planteamientos que plantean la inserción de los desocupados en las fábricas recuperadas, véase el MTD de Neuquén y Cerámicas Zanón<sup>8</sup>. Para estos grupos dicha posición plantea problemas,

situaciones donde no es uno sino que son miles los compañeros que están mal. Nosotros nos preguntamos cómo hicieron para entrar a los compañeros; hubo compañeros que ya están fuera con un terrible despelote, porque tenemos un movimiento de 600 o 700 personas y tienen que entrar 6, y si, entran con un sueldo de 800 pesos pero son 6 ¿y el resto? (Simón 2003b)

O como manifiestan mas rotundamente: “Nosotros no queremos la inclusión. Por lo menos yo no quiero volver a ser explotado [...] yo no peleo para que me vuelvan a explotar” (Colectivo Situaciones: 34). Su concepción particular del trabajo les lleva a generar una reconceptualización de ellos mismos como sujetos. La identidad política de los

<sup>6</sup> “El trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social [...] El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo [...] Para construir el comunismo simultáneamente con la base material hay que hacer el hombre nuevo” (Guevara 1965).

<sup>7</sup> “Caminar con él mas lento, tal vez lleguemos a perder el tren, llegaremos más tarde, pero todos juntos y seguro”. Ésta, junto a otras frases del zapatismo, es asumida por los MTD.

<sup>8</sup> Zanón. Empresa cerámica recuperada en 2002, ahora adopta la denominación de *Fasinpat* (acrónimo de *Fabricas Sin Patrón*) y actúa bajo dirección obrera en la provincia de Neuquén.



desocupados no está determinada de una vez para siempre por sus condiciones sociales, por su exclusión, por la necesidad,

la identidad de los insubordinados implica siempre una recreación, una resignificación. Los trabajadores luchan normalmente –y con toda justicia– por más salario, o se oponen a que se lo recorte. Pero los trabajadores como categoría política son quienes luchan contra la relación salarial. Los desocupados luchan por ocupación, por trabajo, por ingresar en la estructura productiva [...] Pero los desocupados como identidad política luchan contra la sociedad del trabajo enajenado, del individualismo y de la competencia. (34)

Son algo más que trabajadores, son personas en las que el trabajo es una instancia más de desarrollo personal, junto con la familia, el barrio o la comunidad; el trabajo es comprendido como disfrute y goce, como actividad mental y física, es solidaridad,

el MTD reivindica esta identidad [la de trabajadores] y lo hacen postulando que ella surge del hecho que somos sujetos productores (y por tanto trabajadores) de la vida, y no como gente cuya identidad esta formada “por” y “para” el capitalismo. (34)

Aspiran cotidianamente a construirse como individuos plenos, cuestión esta que entronca directamente con su planteamiento político de construcción de un “poder popular” en la cotidianidad. Este planteamiento político genera una radical transformación en la concepción clásica del militante, según la entiende el leninismo clásico, que les lleva a ser, según Ferrara,

“piqueteros a tiempo completo”. Nosotros tenemos un proyecto político y de hecho sabemos leer la coyuntura pero lo hacemos en los barrios y con la gente [...] El movimiento es una herramienta política en sí, toda la gente, todos los compañeros del movimiento, formamos una herramienta [...] es la politización desde abajo, pero completa. Una formación integral de la persona en todos los sentidos. (35)

Por otro lado esta visión tiene que ver con la marcada impronta territorial que provocó la desafección profunda de los clásicos mecanismos de integración en el mundo del trabajo.

Los desocupados, a través de la actividad política, han puesto de manifiesto claramente una realidad, el problema del paro no es el problema de la desocupación, es el problema del trabajo, la forma y la organización actual de la esfera productiva. Tanto las organizaciones que preconizan una vuelta a la fábrica como aquellas otras que se posicionan fuera de los muros de la fábrica clásica, todas ellas implícitamente están buscando resolver la cuestión.

## CONCLUSIONES

Pese a no ser este artículo más que una aproximación a un momento concreto en el discurrir histórico de las organizaciones y grupos de desocupados, y con las reservas ya expuestas respecto a las profundas modificaciones que en los últimos años han sufrido las mismas, este trabajo ha querido analizar uno de los principales ejes de constitución de la “identidad piquetera” o “conciencia piquetera”, el trabajo, respecto del cual se posicionan todos y cada uno de los piqueteros y sus organizaciones, pese a las profundas transformaciones señaladas. Con este dispar posicionamiento, los piquetes fuera de los mecanismos y relaciones salariales y laborales han redefinido el estrecho ámbito del trabajo como actividad social que en el capitalismo está sometido a enajenación en el sentido marxista del término.

Esta valoración o estas diversas valoraciones del trabajo, valoraciones teóricas y prácticas conflictuales, provocan las distintas respuestas políticas e identidades políticas de las diversas organizaciones en un marco conceptual que va desde las organizaciones y movimientos que conciben al “piquetero” como un trabajador de segunda, formando parte del “ejército industrial de reserva”, hasta aquellas otras que conciben al piquetero como una nueva forma de composición de la categoría de “trabajador”. Para el primer grupo la misión del trabajador habría de ser la de integrarse en los mecanismos objetivos de dominación, en eso que se dio en llamar “clase en sí”, en esta misma línea se encuentran aquellas organizaciones que comprenden al piquetero como “vanguardia proletaria”, ya que, aunque parezcan contradictorias, ambas posiciones ven al desocupado como una fracción de la clase obrera entendida ésta como aquella sometida a explotación.

En el otro lado del marco se encuentran aquellas organizaciones que, desde planteamientos autónomos o desde un marxismo heterodoxo, postulan una reconceptualización del trabajo, que superando el límite conceptual de la fábrica y de la explotación salarial abarque nuevas realidades sociales y políticas como la de los piqueteros, pero también la de los luchadores sociales, los trabajadores subocupados o precarizados, etc., y que no se ajusten al viejo molde del obrero de mono azul de fábrica, de larga trayectoria laboral y fuertemente integrado en los mecanismos de inclusión social a través del trabajo y del consumo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, Cesar (2002) *Trabajo vivo, crisis y nuevos sujetos sociales* [en línea] [http://www.lainsignia.org/2002/septiembre/ibe\\_098.htm](http://www.lainsignia.org/2002/septiembre/ibe_098.htm).
- ALTAMIRA, Jorge (2002) *La cuestión del poder, acto del PO* [en línea] <http://www.po.org.ar>.
- BRAND, Ulrich (2001) “Las nociones de “imperio” y “obrero social””. En: Colectivo Situaciones, Toni Negri, John Holloway, Miguel Benasayag, Luis Matini, Horacio González, Ulrich Brandt *Contrapoder. Una introducción*. Buenos Aires, De mano a mano.

- CASTEL, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Barcelona, Paidós.
- CASTORIADIS, Cornelius (1979) *La Experiencia del Movimiento obrero*. Barcelona, Tusquets.
- (1997) *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires, Eudeba.
- (1998) *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires, Eudeba.
- (1999) *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets.
- COLECTIVO SITUACIONES (2001) *Situaciones*. Buenos Aires, De mano a mano.
- FERRARA, Pancho (2003) *Más allá de los piquetes*. Buenos Aires, La rosa blindada.
- GUEVARA, Ernesto (1965) *El socialismo y el hombre en Cuba* [en línea] <http://www.marxists.org>
- HOLLOWAY, John (2002) *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires, Colección Herramienta.
- LOZANO, Claudio, coord. (1999) *El trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo. Primer Encuentro Nacional por un nuevo pensamiento*. Buenos Aires, Eudeba.
- MARX, Carlos (1984) *El Capital*. Madrid, Siglo XXI.
- OGANDO, Ariel (2003) "Entrevista a Carlos Santillán (CCC)" [en línea] <http://www.uom.edu.mx/trabajadores>
- OVIEDO, Luís (2000) *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales*. Buenos Aires, Rumbos.
- RAPOPORT, Mario (2000) *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires, Macchi.
- Sin patrón: fábricas y empresas recuperadas por sus trabajadores. Una historia, una guía* (2004). Buenos Aires, Lavaca.
- SIMÓN, Rafael (2003a) „Entrevista a Allen, en el galpón del MTD Solano”
- (2003b) “Entrevista a Alberto, en el galpón del MTD Solano”.
- (2003c) “Entrevista a Toti Folres (MTD La Matanza)” [en línea] <http://www.nuestrapropuesta.org.ar>
- SVAMPA, Maristella; MARTUCELLI, Danilo (1997) *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires, Losada.
- SVAMPA, Maristella, coord. (2000) *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires, Biblos.
- SVAMPA, Maristella; PEREIRA, Sebastián (2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Biblos.
- THOMPSON, Edward (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica.
- TOURAINÉ, Alain; WIEVIORKA, Michel (1984) *Le mouvement ouvrier*. Paris, Fayard.
- ZIBECCHI, Raúl (2003) *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Buenos Aires, Letra libre.